

La costa de los espejos rotos

lunes, 30 de enero de 2012

Modificado el lunes, 08 de abril de 2013

REFLEXIÓN SOBRE EL LITORAL DEL NORTE GRANCANARIO

La costa de los espejos rotos

Por Juan LuÃ-s MonzÃn Verona

Arquitecto urbanista

HOMENAJE AL INGENIERO ENRIQUE
COPEIRO

Hace varias
semanas asistÃ- a las exposiciones de

la Bienal

de Arte de Venecia 2011. Tras muchas visitas a diversos pabellones y ya cansado por la repetida decepciÃ³n de las no propuestas, encontrÃ© en el PabellÃ³n Coreano en el que exponÃ-a el artista mediÃ¡tico Lee Yong-Baek, su obra â€œEspejo Rotoâ€•, interesante y sorprendente demostraciÃ³n de las tendencias en video arte, que relatada en pantallas que simulaban espejos, roturas ruidosas e impactantes a los sentidos, y entre sus mÃºltiples lecturas ademÃ¡s de su mero disfrute, trata de la compleja relaciÃ³n que existe entre la realidad y la ilusiÃ³n lo que invitaba a hacer una reevaluaciÃ³n y reflexionar.

ReflexiÃ³n sobre el litoral del norte grancanario

LA COSTA DE LOS ESPEJOS ROTOS

Por Juan LuÃ-s MonzÃn Verona Arquitecto urbanista Homenaje al ingeniero Enrique Copeiro

Hace varias semanas asistÃ- a las exposiciones de la Bienal de Arte de Venecia 2011. Tras muchas visitas a diversos pabellones y ya cansado por la repetida decepciÃ³n de las no propuestas, encontrÃ© en el PabellÃ³n Coreano en el que exponÃ-a el artista mediÃ¡tico Lee Yong-Baek, su obra â€œEspejo Rotoâ€•, interesante y sorprendente demostraciÃ³n de las tendencias en video arte, que relatada en pantallas que simulaban espejos, roturas ruidosas e impactantes a los sentidos, y entre sus mÃºltiples lecturas ademÃ¡s de su mero disfrute, trata de la compleja relaciÃ³n que existe entre la realidad y la ilusiÃ³n lo que invitaba a hacer una reevaluaciÃ³n y reflexionar. Mi reflexiÃ³n, fuera obviamente de la intenciÃ³n del artista, debido a su semejanza plÃ¡stica, me trasladÃ³, quizÃ¡s ingenuamente, a un lugar y un territorio en el que nos reflejamos todos los que aquÃ- hemos nacido, La Costa Norte de Gran Canaria que rememora siempre mi niÃ±ez en aquel caracterÃ-stico mar de lavas, baÃ±adas por laminas de agua especulares, pues ya alguien la llamÃ³ hace aÃ±os â€œLa Costa de los Espejosâ€• y me preguntÃ© de repente si algÃºn dÃ-a a Ã©stos volverÃ-an a relucir en ella, en un ciclo interminable o seguirÃ-an como espejos quebrados del mismo modo que se quebraban de repente en la exposiciÃ³n de Yong-Baek. La respuesta fue inmediata, pues al volver a la isla me hicieron notar los resultados de los litigios judiciales sobre algunas propuestas proyectuales que supuestamente iban encaminadas a la recuperaciÃ³n de este espacio mÃ¡gico. Tuve la necesidad pues de hacer una breve reflexiÃ³n sobre ello y que modestamente sirva como mi pequeÃ±o homenaje y admiraciÃ³n de alguien que dedicÃ³ toda su vida a la recuperaciÃ³n de esta clase de espacios especulares y

del que en los últimos años de su vida tuvimos el honor de conocer y participar de la sensibilidad de algunos de sus proyectos, algunos de ellos sin realizar, que fue el Ingeniero de Caminos Enrique Copeiro, pues unió como pocos, gran conocimiento técnico y poesía desbordante.

Experimento diariamente el trasiego matutino en mi vehículo hacia el Norte, todavía con la mente algo dócil y difusa después de la experiencia nocturna del sueño. Pero no soy ajeno a la percepción fugaz de imágenes que quedan fijadas de modo aleatorio como una irregular y desordenada sucesión de diapositivas en gris o color, aunque tengo una dificultad incomprensible de acoplarlas en sucesión ordenada e incluso de encuadrarlas en un punto concreto de ese desvencijado y sufrido territorio. Si que diviso y sitúo ante este febril paisaje suburbano de la Isla los dispersos de luz y esplendor de los espejos que nos ofrece el océano en su encuentro con las coladas de lava derramadas en el comienzo de los tiempos, pero todavía visibles.

El trayecto presenta un aire desolador, casi como un paisaje después de una batalla: los muros semidestruidos se presentan sobre los taludes conformados por la decisión de una pala excavadora. Alguien ha pintado los restos de paredes, no se si para intentar camuflarlas o simplemente se trata de una gamberrada. Miles de carteles anunciadores e indicadores, públicos y privados se agolpan a lo largo del trayecto, como en las Vegas.

Eriales explanados con basura y desolación enturbian mi visión de los todavía bellos muros de piedra seca de las terrazas al pie de las escarpadas montañas y que poco a poco desaparecen en el tiempo bajo el disimulo y la codicia de algunos dueños que han perdido la memoria. Quisiera abarcar en una sola lectura todo este controvertido corredor hasta llegar a Guía pero es imposible, incluso después de veinte años de diario trasiego. Pero este histórico y característico escenario, todavía está vivo, desea cambiar y recobrar su memoria. Me anima la gente que pasea por las veredas entre los escombros del paisaje destruido, o que pedalea en bicicleta por los arcones incluso a pesar del peligro de morir atropellado o de ser incluso empujado por un vehículo osado, al mar. Por el espejo retrovisor observo a los incansables surfers preparándose para adentrarse en el mar y buscar «la ola» desnudándose impudicos y sin más remedio, junto a la camioneta que les sirve de apoyo, justo al borde de la vía rápida por la que transito. Pero no es ningún afán de exhibicionismo lo que produce este involuntario espectáculo sino es la carretera la que se acerca al pie del risco como una serpiente obscena, que juega un verdadero papel de «voyeur», en actitud soberbia, pues quiere además verse reflejada en las superficies especulares que el mar le ofrece, presumida, narcisista y con cierta ostentación como la bruja del cuento, esperando la contestación susurrada del mar acerca de su belleza aparente y que todos los días la besa cuando sube la marea. Por eso, ya los espejos no reflejan el cielo azul, ni el vuelo de la gaviota rasante que raya su superficie. Solo reflejan un universo negro del betón o asfalto, que cada década va teniendo más y más amplitud: «Me dicen que es para que llegue más raudo a mi destino».

Uno se pregunta que el espejismo brumoso en el que se ha convertido la Costa pudiera reflejar de nuevo, algún día aquellas imágenes oníricas expulsadas de los espejos, de nuestros sueños, tras la aparición del recuerdo reconstruido y planificado imaginariamente primero y materialmente después.

Pero ¿cómo puede ser la estrategia para conseguir que los espejos vuelvan a revivir, no como espejismos sino en un verdadero armónico suceder de acontecimientos reales y sensibles que conformen un continuum desde el propio Rincón a San Felipe, rescatando del pasado sus invariantes como si se tratara de la exhumación de un arqueólogo. ¿Ha respondido favorablemente la planificación estratégica a este anhelo?

La respuesta en cualquier caso es negativa pues no hemos logrado si quiera ultimar su planificación. ¿Está el problema en las reglas del juego previas a la planificación, en los planificadores, en los gestores públicos? Muchos profesionales del urbanismo nos adentramos un día en una dura, larga pero siempre inacabada cognición y aprendizaje de aquellas reglas, aunque algunos como yo, con esa añadida tardanza consubstancial a nuestras limitaciones intelectuales a todo lo profundo y esencial de un complejo mundo que llamamos «Urbanismo», casi como un «Vía Crucis», llenos de gozo y de dolor a la vez, apropiándonos de forma gradual, paso a paso de la escatología mer que te confirma el conocimiento del sistema de planeamiento de nuestro azotado escenario isleño. Con cierto sufrimiento, por los continuos cambios e incluso con cierto toque de beatitud pues parecía una experiencia mística, casi poesía articulada en prosa, que te confería, una vez adquirida, una discreta aureola de santidad. Asimismo, el abrupto trabajo y espera por la «ordenación definitiva» de nuestra Costa de los Espejos que debía de ser conseguido en el marco de ese aparentemente ejemplar conjunto de reglas que nos habíamos impuesto, donde se proponía el arranque de ese magma de escorias betónicas que serpentea caprichoso a lo largo del trayecto marítimo para convertirse en un tejido verde, amable con el mar, que hiciera recobrar el color brillante de las superficies especulares, ha sido vertido a un precipicio de fauces abiertas que se disfrazan de un cariz ambientalista, tenaces, perseverantes, devastando al tiempo la débil capacidad reactiva del planificador objetivo, con tal de evitar expulsar la serpiente tierra adentro o si fuera preciso, al interior de la tierra.

Y alguien me pregunta qué es lo que procede ahora. Y yo contesto: Ser igual de perseverantes que las fauces del abismo.

Pero no puedo alejar de mi conciencia la sensación de no estar a la altura del esfuerzo exigido a todos los que creemos en los reflejos de la memoria, en su planificación y en su recuperación, de haber arrojado la toalla a mitad del camino lamentablemente infieles a nosotros mismos y a la sensibilidad de quien cree en los sueños y en la poesía.

Nuestra poesía es pues, el pensamiento sensible ante todo, que es lo que da coherencia a las propuestas de recuperación de nuestros paisajes. Tendremos que buscar más poesía en el urbanismo y la planificación reflejando todas las operaciones desde el axioma de la naturaleza viva que es nuestro territorio. La arquitectura y el urbanismo de

los principios artísticos serán las mejores y únicas herramientas para conseguir nuestro cometido. Para éste, nuestro espacio, nuestra Costa de los Espejos, puesta entre dicho por un mundo insensible desprovisto de poesía, necesita ser desligada del lastre que rompe la unidad del cielo y el mar para lo cual es esencial reunir sus tres inalienables objetivos:

- Recuperar el paisaje naturalizado de espejos brillantes de agua, donde el cielo se refleje libremente.
- Recuperar la movilidad del caminante y del que pasea de forma libre y fluida a lo largo de toda la nueva "promenade boulevard", natural, libres éstos de asomarse, también, sin miedo junto con el cielo, en los espejos del mar.
- Resolver en un alarde de sensibilidad la autopista en el interior de las Montañas, si es preciso, blanca, limpia y reconocible, sin miedo, sin confundirla nunca con el soporte territorial que la observa atento pero sin plegarse a su ostentación, conviviendo finalmente con un territorio compatible con ella, en un lugar mejor.

Los poetas que utilizan bien estas herramientas deberán comenzar de cero otra vez!..pero vale la pena!..

Creo firmemente que hay que sentir como un poeta para dedicarse a estos menesteres. Para el poeta Borges los espejos eran una verdadera obsesión y temor, que finalmente superará y convertirá en su pasión poética. Quizás los urbanistas estemos en estos tiempos padeciendo algo parecido a una época temerosa de ceguera, desprovista de pasión.